

**CUENTO N° 207**

**TÍTULO: NADIE LLORÓ A NADIE**

**SEUDÓNIMO: NIEBLA AZUL**

**AUTORA: LUZ EUGENIA LARRAÍN ORREGO**

**NADIE LLORÓ A NADIE**

Niebla Azul

El pueblo duerme, nada perturba la calma de la noche. Ni el vuelo de un pájaro buscando la rama del reposo, ni el agudo ladrido, ni un motor partiendo. Es el paso del tren de medianoche que despierta a uno, dos, a todos los que vivirán un trance extremo. .

En la pieza del segundo piso de Malbec 72, Graciela no se inmuta. Espera la señal, escucha el silbato de la locomotora, los discontinuos golpes de las ruedas sobre los durmientes, el paso prolongado de los vagones que no se detienen en la estación. Es el tren de los rezagados, aquellos que esperan hasta el último soplo para ir a la ventanilla, comprar un boleto y aguardar en la estación principal el retorno al hogar.

Un golpe repentino descompone al silencio, horada un surco en la tierra. Las luces prenden su alerta en las casas.

Bajo la niebla, Patricio silba. Como siempre hilvana historias nocturnas en primera persona. Debe rehacer las horas antes de las preguntas o las miradas de soslayo al llegar a casa. Pierde la cuenta de los embustes, de las anécdotas imaginadas, de los descargos ante las arremetidas. Sabe de memoria la lista, el obligado disertador de clases magistrales a destiempo. Si Graciela desconfía aún, insistir en las tensas reuniones con el rector, o la custodia de los sancionados hasta la última hora.

Graciela escuchó en numerosas ocasiones esas respuestas, fingía aceptarlas como un desagravio al estado conyugal. Con ellas tendría excusas para convencer a sus vecinas que todo andaba bien en casa. Mejor acallar las suspicacias con las amenas historias de Patricio. Se decía de él que era un genio, para sus alumnos el invencible campeón en las actividades deportivas. Y para los colegas un dotado para enseñar los ramos.

Esa noche, cuando el convoy corría acelerado por curvas y despoblados, Patricio, absorto en los tejidos de su mente, no planificó que se acercaba al

abismo sin fin. No tendrá que improvisar excusas, menos concebir que estaba a las puertas de su partida.

En Malbec 72 Graciela tiene tiempo para meditar. Ahora está consciente que él suele aparecer, reencarnarse en inspector de ferrocarril, en director, tal vez gerente del único ferrocarril de la zona. Será él quien aparece con una capa roja para inmortalizar la entrada del túnel.+

Es lo que se preguntan los usuarios del itinerario nocturno al escuchar la guitarra que rasguea lejana. Aseguran que es posible verlo. Cuando oscurece su sombra apoyada en la roca de la segunda curva emerge insinuándose en intervalos continuos. Quien lo avista se ciega. La luz que despide desde el núcleo mismo de su apariencia es potente y aumenta las interrogantes de quienes lo enfrentan.

El viento sur sopla sin freno, levanta el polvo suelto, golpea contra las ramas altaneras. El cuerpo espectral sacude las semillas, saca el pañuelo y seca las gotas de agua que resbalan desordenadamente. No puede llorar, no debe hacerlo. Hace mucho que olvidó el festivo recuerdo, hace mucho que se cansó de mentir. Esa noche prefirió permanecer en la estación a la espera del agasajo nocturno. Margot, se llamaba; usaba una pollera con vuelos y desde sus hombros colgaba el blusón de tres colores. En sus ojos dormía el misterio de los encuentros fugaces, la evocación de caricias en la oscuridad. Oculto en sus labios permanecía el estribillo de canciones coloridas las tonadas, palabras repetidas en sombríos desvelos. Entonces Margot bailaba, dormía acunada en el pecho de su hombre hasta el amanecer. Su casa estaba pintada de color rosa.

Desde las ventanas el revoloteo de pájaros los enmudecía, no existían los grises del atardecer. Margot recibió fragancias de quien la adormecía con sus tonadas.

Bajo los compases del canto un riachuelo daba tumbos, su cauce atronaba pasada la medianoche bajo el alero de la estación.

Desde lejos, uno tras otro, avanzaron los sincopados golpes. Ahora es el coletazo seco sobre los durmientes, la solidez de coches que rotan sobre las líneas de acero. En su interior perfiles de adormilados viajeros que no llevan reloj en sus muñecas. Fueron olvidados hace tiempo.

Viajar en tren en horas de la noche es un riesgo al cual se expusieron sin sospechar. Cuando fue posible rescatar los restos, una neblina cubrió el valle y no dispó cuando las fogatas parecían abrir un abanico de luz.

Nadie lloró a nadie.

NIEBLA AZUL